

“Andanzas y aventuras del emir Baïbars  
y su fiel escudero Flor de Truhanes”

## II - FLOR DE TRUHANES DEL CAIRO 2. Los tramposos engaños de Otmân

Edición y traducción: Esmeralda de Luis



سيرة المظاہر ببيرس

## *Relatos de la “Sīrat al-thāhir Baïbars”*



# II - Flor de Truhanes del Cairo

## 2. Los tramposos engaños de Otmân

Edición y traducción para [www.archivodelafrontera.com](http://www.archivodelafrontera.com)  
 esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos  
 Fecha de Publicación: 12-05-2017  
 Número de páginas: 8  
 I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

**Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.**  
**Más documentos disponibles en [www.archivodelafrontera.com](http://www.archivodelafrontera.com)**



### **Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.**

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.



El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

[www.cedcs.org](http://www.cedcs.org)  
[info@cedcs.eu](mailto:info@cedcs.eu)

## 2 – Los tramposos engaños de Otmân



Volvió Otmân de donde los escuderos y comenzó a andar junto a Baïbars. En cuanto se hubieron alejado un poco de El-Remaileh, Baïbars vio que de repente Otmân se sentaba en el suelo.

- ¡Soldado, soldado, me duele un pie! ¡Ay, ay, ay, buenas gentes, ay!

Baïbars detuvo su caballo y le gritó:

- *Olân*, Otmân ¿qué te pasa?

- No sé, un trozo de vidrio, un guijarro; ¡no sé lo que tengo en el pie!

Y se puso a lloriquear diciendo:

- ¡Ay, madre mía, ven a ver a tu Otmân! ¡Ven a ver qué le pasa en el pie!

Baïbars sintió pena por él y le dijo:

- ¡Eh, eso no es nada!, ven Otmân; por esta vez monta en mi caballo y yo iré a pie.

- ¡De eso nada! ¡Me tomas por loco para hacer algo así! para que la gente vaya y diga: “el escudero va a caballo y el caballero a pie”. ¡No, eso no es posible, me daría mucha vergüenza!

- Entonces ven, montarás conmigo.

- Eh, soldado ¿y adónde me vas a hacer montar?

- Delante de mí.

- Ah, con que esas tenemos, para que la gente diga: “el soldado monta detrás y el palafrenero delante”. No, ni hablar, no estoy de acuerdo.

- ¡Ya me estás hartando, *jâneum*! ¡Ven! ¡Monta detrás!

- Así; eso está mejor –dijo Otmân, que se levantó de un salto y montó en la grupa detrás de Baïbars.

Anduvieron de ese modo durante un tiempo, y a cada instante Otmân se acercaba más y más a Baïbars, pegándose a él de tal modo que incluso acabó por pasarle una pierna por encima

de la de Baïbars. Además, deslizó sus brazos por debajo de las asilas de Baïbars y se los enroscó alrededor del pecho. Baïbars se dio cuenta de que andaba maquinando un sucio asunto, y que su supuesta herida del pie no había sido más que un engaño. ¡Y de pronto, vio rápidamente de qué iba todo aquello! Entonces Baïbars pasó sus brazos por encima de los de Otmân y apretó con toda la fuerza que la Divinidad le había concedido. Ya habíamos visto que Baïbars tenía la fuerza de los Cuarenta Justos, los Hombres de Dios. La sangre saltó de las uñas de Otmân, que se puso a gritar:

- ¡Aaaaahhhh!, ¡por el honor del Profeta! –y liberándose del abrazo de Baïbars se dejó caer al suelo, lamiéndose las heridas de los dedos mientras lloraba y gritaba:

- ¡Ay, madre mía, ay, ay, ay! ¡Que la peste te lleve, bestia inmunda! ¿Por qué me has hecho esto? ¿No temes a Dios? ¡Y yo que me creía que eras un buen tipo! ¡ya, ya...! ¡Tú no eres más que un puto animal. Lárgate!

- ¡Venga, *osta*, levántate!

- ¡Eh, amigo, coge tu pasta y púdrete con ella! ¡Ya no trabajo más para ti!

- ¡*Hayy, kedi meserli*, maldito ladrón! –gritó Baïbars-. ¡De pie; camina!

- ¡Que te crees tú eso, amigo! No pienso dar ni un paso más, lárgate tú. ¡Por el Profeta, que voy a liquidarte! No voy a trabajar más para ti; ¿dónde has oído tú alguna vez que el *osta* Otmân trabaje para alguien?

- ¡*Olân*, en pié! –gritó Baïbars-. ¡*Hayy kedi*, pagano!

- ¡Eh, tú, no me hables en turco, que yo no entiendo el turco!

Otmân enharboló su garrote y gritó:

- ¡Eh, amigo! ¡te juro por el Profeta que te voy a matar!

Y de improviso se arrojó sobre Baïbars. Al verlo y oír al garrote que se precipitaba sobre él con el silbido de una piedra arrojada por una catapulta, Baïbars comprendió que si no se defendía acababa muerto. De un brinco, echó pie a tierra, y, gritando *-Allah bala versen olân* Otmân- desvió el golpe con su *lett*<sup>1</sup>, sin moverse ni un ápice.

- ¡Aquí me tienes! –gritó.

Otmân, que estaba seguro de que su golpe le haría caer de cabeza; cuando vio que el otro estaba como si tal cosa, que se volvía hacia él y avanzaba blandiendo el *lett*, se dio media vuelta

---

<sup>1</sup> El *lett* es la poderosa maza que ya apareció en el episodio “Un arma maravillosa”, de “La infancia de Baïbars”. Debido a su forma redondeada, Otmân siempre se refiere al *lett*, llamándola “albondiguilla”,

y echó a correr. Pero Baïbars le atrapó, rápido como el rayo, y le dio tal golpe en las costillas que le hizo morder el polvo, y sangrar por la nariz y las orejas, más muerto que vivo.

- ¡Aggg, me ha matado; este turco me ha asesinado! ¡Que la peste se lleve a esa albondiguilla, que puede dejarte tieso en un santiamén!

Baïbars avanzó, y se quitó el cinturón para atar a Otmân. Éste quiso zafarse, pero Baïbars parecía tener manos de hierro.

- ¡Ah, bastardo! –gritó-. ¡No eres más que una bestia asquerosa y una progenitura de fornicación!

Baïbars le amarró bien, atándole los brazos al cuerpo.

- *Olân*, camina, vamos –le ordenó.

- ¡Que te crees tú eso! Ya puedes irte buscando un tiro de bueyes y unos cuantos toros para arrastrarme, amigo –le dijo Otmân plantándose con las piernas firmes y abiertas.

- ¡Mira; te voy a llevar quieras o no!

- Ya me gustaría verlo.

Baïbars alzó su *lett* y lo hizo girar, avanzando hacia Otmân.

- ¡No, amigo, no me sacudas! Caminaré, ¡y que la peste se lleve a esa bolurcia, al que la fabricó, y al que te la dió!

Baïbars volvió a montar en su caballo. Otmân caminaba a su lado, con los brazos bien atados. Cuando llegaron a las puertas de la ciudad, Otmân se detuvo.

- ¡Camina! –le dijo Baïbars.

- ¡Por el Profeta, te juro que no entraré así contigo! ¡Así me rebanes en trocitos!

- ¿Y por qué?

- Escucha, amigo, toda la gente del Cairo me odia. Si me ven atado de este modo, me harán pedazos antes de llegar a tu casa.

- ¿Por qué? ¿Qué les has hecho?

- Puesss verás, al que no le he quitado el turbante de un sopapo, le he trincado la bolsa, y si no llevaba plata, le he arrancado su manto. Y si el manto estaba roto y no valía nada, ni llevaba dinero, pues le dejaba en pelotas y me llevaba su ropa. No hay ni uno solo al que no le haya hecho pasar todo tipo de amarguras.

- Al parecer, tú ser el tipo más miserable de la tierra –dijo Baïbars.

- Desátame y echaré a andar.
- Otmân, tú querer jugármela otra vez. Si yo desatar, tú huir.
- No, por el Profeta, iré contigo. Pero dime, amigo, ¿quién te ha dicho que contrataras un escudero?
- Pues el palafrenero de El-Bunduqdârî.
- ¿No es ese el Abu Bunduq, el vende-nueces<sup>1</sup>?
- ¡No, no, es El-Bunduqdârî!
- Claro, claro, Bunduq, Bunduqdârî, qué más da, al final todos son lo mismo, amigo. Dame tu fajín para taparme la cara. Así entraré a tu casa, y nadie podrá reconocerme.
- No temas, nadie va a decirte nada.
- ¡Eh, amigo, no me fastidies! Dámelo, porque lo digo yo.

Baïbars le pasó su fajín y Otmân se cubrió la cara con él. Atravesaron la puerta de la ciudad; y apenas habían dado unos cuantos pasos cuando Otmân parecía sentirse incómodo por el calor (pues El Cairo es una ciudad muy tórrida). Ante ellos se abrían las calles atiborradas de gente. Otmân se quitó la capa, la dobló, la colocó sobre los hombros y arrojó su bastón por encima de la capa, luego se quitó el fajín que le cubría el rostro y colocó una mano sobre la grupa del caballo. Una vez hubo terminado con todas estas operaciones, Baïbars vio de pronto que, cada vez que entraba en una callejuela o en un zoco, todo el mundo huía y ponía pies en polvorosa.

- Me pregunto qué estará pasando hoy –se dijo extrañado. Luego se volvió hacia Otmân.
- ¿Qué pasa soldado? –preguntó este último.
- Estoy viendo que todo el mundo da marcha atrás empujándose unos a otros.
- ¡Ah, sí! ¡Es una costumbre que tienen los de por aquí!
- ¿Y qué costumbre es esa, Otmân?
- Escucha, amigo, cuando un escudero de mis prendas se pone al servicio de un soldado como tú, todo el mundo huye ante él. Pregúntales, ya verás como te dicen lo mismo que yo.
- Quién sabe, puede que tengan esa costumbre –se dijo Baïbars, creyendo lo que Otmân le había contado.

---

<sup>1</sup> Otmân llama al visir Bunduqdârî; Abu-Bunduq (Padre de las nueces), que viene a ser lo mismo que “el vende nueces”

No sabía que la gente salía corriendo al ver a Otmân; tanto era el terror que les inspiraba, y además lo hacían para que no les robara el turbante ni la ropa. Pero los que veían a Baïbars en compañía de Otmân decían:

- ¡Ay, qué desgracia! Ese pobre soldado con esa calamidad con patas, Flor de Truhanes del Cairo. Como haya entrado a su servicio, esta noche se la va a meter doblada; robará todo lo que tenga en casa, le matará y luego se pondrá a salvo.

- Oh, seguro que hace tiempo que ya se lo ha beneficiado –decían otros-. ¿O acaso crees que Otmân habría dejado escapar una ocasión así?

Así andaban hablando unos y otros mientras señalaban a Baïbars con el dedo, a una buena distancia. Por fin, Baïbars y Otmân llegaron al palacio de Naÿm El-Dîn. Baïbars echó pie a tierra y le dijo a Otmân que entrara.

- ¡Pero si estamos en casa de Abu Bunduq! ¡Ni hablar, yo no entro ahí!

- ¿Y por qué no quieres entrar?

- Porque tengo miedo de que me trinquen.

- ¿Y por qué habían de hacerlo?

- Eh, amigo –protestó Otmân-, pues ya que me lo preguntas, ¡porque me he cargado a dos hombres de ahí dentro!

- Aunque hubieras matado a cuatro, entra y no tengas miedo, yo estoy contigo.

- Júrame que no dejarás que Abu Bunduq me diga una sola palabra.

- Por el Supremo Nombre de Dios, no dejaré que nadie te ponga la mano encima.

- De acuerdo, amigo. ¿Están aquí Oqereb y su banda?

- Sí, es el que me dijo que buscara un palafrenero que fuera *tâjin khawanki*<sup>1</sup>.

- Escucha, soldadito –le dijo Otmân-, vas a ir a ver a Oqereb y, si te pregunta algo, tú dile esto:

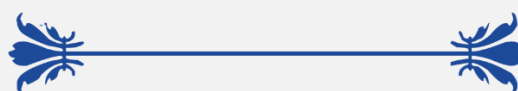
- Te he traído un palafrenero *tâjin khawanki*, tal y como me habías pedido –y luego tú déjame hacer a mí.

- Sí, sí, pero me temo que aproveches la ocasión para escaparte.

- No, por La Dama, esta vez no me voy a largar. Tú pasa y dile lo que te he dicho.

<sup>1</sup> En el argot del Cairo: “pervertido, afeminado”. Oqereb, para jugarle una mala pasada a Baïbars, le hizo creer que esas palabras significaban “un palafrenero de élite”, de ahí la mascarada de Otmân. Ver “La infancia de Baïbars”.

FIN



Próximo episodio...

3 - El descalabro de Ogereb